

El desayuno durante la noche, de Ricardo Prieto Se cría y envejece en todas partes

"Los premios literarios (y los teatrales), ese inmenso cúmulo de desalentadora oscuridad... son algo que Dios envía en su complejo gobernar de los mundos, para confundir a quienes quiere perder".

Camilo José Cela.

Se dice que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. ¿Por qué no decir, también, que un público a veces estático y complaciente tiene —o genera— el teatro que merece? Si fuera actriz... aborrecería ese aplauso blanduzco y desprovistos de mensaje que, sin embargo, suena. Suena siempre. Pase lo que pase en el escenario. Pero hay lugares donde el público no ofende con la cortesía: si no puede aplaudir hace chasquear la butaca. (Cuando se hace sonar la butaca en señal de protesta no solamente se expresa una opinión: se valoriza el aplauso. Quien es capaz de manifestar desacuerdo... será sincero y entusiasta en la aprobación. Y, si alguien objeta que los del escenario merecen respeto, respondo que el público también). Aún peores que los incondicionales del aplauso son los incondicionales de determinados/das artistas. Si cierta vez (y esto no es cuestión de tiempo) consagraron a alguien, sus sentimientos reverenciales no les permitirán remover los laureles de la cabeza de su ídolo. Y así también puede matarse el talento. A los aplausos se sumarán las aclamaciones... y los egos se mantendrán gordos, lozanos, y creciendo en dirección opuesta al verdadero desarrollo y al trabajo. ¡Y el arte, como la verdad, desvalido, en el fondo de un pozo! De manera que, también, podría extraerse esta conclusión: cierto "teatro" tiene el público que merece.

Pero... "no se puede engañar a la vida". Desde planos inconscientes la verdad se resiste y hace su jugada. Hay una "cuasi" evidencia de la inseguridad de quienes se comprometieron en este espectáculo: en un programa casi "lampiño", se justifican con asesoramientos médicos y con un premio. (Tal vez la breve cita de Emily Dickinson sea lo mejor de

todo. De *todo*, digo). Que se requiera y se obtenga fundamentación científica para elaborar las psicologías y, sobre todo, las patologías de ciertos personajes... no agrega nada al haber del arte. No necesariamente. En esta región del teatro... se requiere verosimilitud y "algo más". Ese imponderable genera arte. Geniales intuitivos han hecho resonar no la verosimilitud sino la verdad en los escenarios a lo largo de centurias. Desde sus entrañas, agitados como profetas, han dejado escapar entre cantos o entre rechinares de dientes, testimonios estremecedores sobre cuanto se oculta en el interior del hombre y la mujer. Tales autores, más que doctos, más que ilustrados o informados, fueron observadores sutiles, lúcidos, sensitivos y, sobre todo, intérpretes originales de una realidad a la que *aportaron algo*. Y quiero dejar claro que no cuestiono el asesoramiento citado en sí mismo; el conocimiento está ahí, es bueno que se busque y se proyecte. Pero, aun plenamente justificado, ¿qué garantiza? En todo caso... el éxito en un Seminario o en algún espacio de la Facultad de Medicina. ¿Qué cosa podría suplir la ausencia del fuego sagrado? El arte es *tan abarcativo* que se "desmadra" de todo preconceito. Revienta esquemas. Se hace lugar. Y el hecho es que los personajes —tal vez unos más que otros— de EL DESAYUNO DURANTE LA NOCHE se mueven en una dimensión que no afecta la sensibilidad del espectador. Van y vienen por la escena, descentrados, tal vez en busca de un eje que se les escapa.

El programa informa —decíamos— que esta obra es ganadora, en España, del IX PREMIO TEATRAL "TIRSO DE MOLINA" y elegida entre 85 concursantes. Es posible que, al nivel en que estos sucesos se ce-



lebran, el Uruguay se alegre pero —valga la cita del comienzo de esta nota— un premio es la más relativa de las razones. Porque... ¿cuáles fueron los esquemas referenciales de los integrantes del jurado? Es posible que todo este preámbulo sea una señal de mi propia reserva, de mi pudor y hasta de mi pena por sentirme impulsada a bajar rotundamente mi pulgar frente al espectáculo de la Sala Verdi.

Si la obra no le ofrece un gran estímulo al director, por cierto éste no le tira un salvavidas a la obra.

Carlos Aguilera, se muestra muy débil y se le entreveran los hilos de los estereotipos, sustentados en los cuerpos ya que no en las almas de los actores.

En suma. Estamos "ahíto" de tanto cuadro sobre la desintegración del individuo, la familia o la sociedad. El arte ya ha pasado por ahí. En el Norte y en el Sur. En el Río de

la Plata contamos con verdaderos clásicos aportados por Florencio Sánchez ("En familia"), Gregorio de Laferrere ("Las de Barranco")... para no citar autores, y piezas más contemporáneas. Pero "El arte" puede pasar donde y cuando se le ocurra. Para terminar: La sobreactuación no es fuerza. El amor sobre una mesa, no necesariamente "un ritual". y, ¿cuáles serán las verdaderas causas de un desequilibrio tan manifiesto en el rendimiento de un elenco que logró un KASPAR, un MEFISTO? De un elenco que está logrando "Los gigantes de la montaña" en el Solís, al mismo tiempo que fracasa y se pierde en la Sala Verdi. Las respuestas son obvias. Pero hay que ahondar. (Actúan en "El desayuno durante la noche": Miguel Pinto, Maruja Santullo, Susana Bres, Domingo Pistoni, Martín Artia y Claudia Rossi.

Angela Cáceres ①

Recital de Luis Trochón

De originales y obviedades

Luis Trochón, en escena, busca involucrar deliberadamente en ese aire inaprehensible, de extrañamiento, que define a los *freaks*. Todos sus recursos de creador abiertos a la estampida del tiempo que le ha tocado vivir, buscan escaparle a las convencionalidades y a esa regla de juego cantautor-público-que-digiere-mansamente-una-propuesta.

En realidad, Trochón busca el anverso y lo contrario al discurso que se sabe retórico, y su trabajo de compositor, entonces, pretende intencional y hasta intelectualmente teñirse de una originalidad que niegue el modelo tradicional de cantor popular. Trochón, tan lúdico en su empuñadura creativa, tan aparentemente libre de resabios y ataduras, busca entrapar al posible público en un mecanismo —así es— de acertijos, de sacudimientos internos, y por supuesto, de sorpresas.

En este espectáculo (*), como en anteriores, Trochón tanea la complicidad de los auditores, y con su carisma de falsa locura, de creador al borde de los desbordes, los suma en esa tonalidad interpretativa que, en su variada singularidad, fomenta una nueva retórica.

La propuesta de quien nos ocupa se descubre en diversos niveles, seguramente porque los elementos empleados en emitirla son también múltiples. Para lo que él denomina *hechos sonoros* (textos que incluyen diálogos), como por ejemplo lo son *La mujer sin cabeza* o *Casi un ejercicio intelectual* o asimismo *Porquesino*, Trochón apela al movimiento del cuerpo, de sus manos y a una acumulación incesante de gestos y modulaciones vocales que buscan potenciar el texto. A mi juicio, salvo la tensión y el impacto que recorre a *Porquesino*, los demás casos de *hechos sonoros*, que destierran el auxilio del instrumento (la guitarra), son ejemplos muy ambiciosos de no menos ambiciosas intenciones. En fin, en esos *hechos sonoros* (una nueva etiqueta para el mundo de las definiciones de occidentales accidentados), lo que reniega visiblemente es la armadura de los textos. En la mayoría de ellos, contestatarios, paródicos y hasta con un aire de sarcasmo inútil, fluye el esquema —proveniente de la narrativa— de los personajes que se oponen y contrastan su visión del movimiento de las cosas (llamémosle la realidad). Lo que pretende ser sugerente, y en consecuencia, complacerse de contundencia compositiva, se vuelve obvio, y por lo



tanto, penetra en esa insobornable acústica de las repeticiones. Y si bien, en el público, puede producir la risa limpia, o la reflexión instantánea, el manejo reiterado de los recursos "informales" debilitan y hasta desgastan el esfuerzo —que no deja de ser riguroso, minucioso y tímidamente refinado en su actitud interpretativa—.

A mi juicio, la belleza de sus logros se recuesta en sus canciones más "tradicionales". Me refiero a la intensidad y al tono descarnado de *Límites* o esa nervadura del terror explícito que asciende irreprimible en *Las muertes conjuntas*, en la apacible ternura de *Ta de lindo* o finalmente en ese magnífico, intenso clima de pasiones e intenciones que procrea *Movimiento*. En esta veta, Trochón se traduce en un cantautor más desusado y hasta más audaz, que con sus *hechos sonoros*. No niego la posibilidad de la eficacia y la rotundidad de estos últimos, ni tampoco los niego como un camino compositivo en sí, pero creo que a Trochón esa experiencia lo aleja y lo ajeniza de sus verdaderos fuegos. Me quedo con el Trochón de *Límites*. Sencillamente porque allí sí logra conmoverme.

Raúl Forlán Lamarque ①

(*) Teatro Circular, sala 1, sábado 20.